

las expresiones ofensivas, una conducta prudente y reservada y un gran respeto hacia las costumbres de los antepasados. Se ha dicho que los indios de la selva son más taciturnos que los de los campos de los mismos territorios y en este sentido se ha hecho notar el contraste que forman los guaraníes con los payaguas de franca mirada; esta diferencia aparece tan á menudo que casi autoriza á admitir un dualismo en el carácter de los indios. En todos los grandes territorios hay una tribu que goza de muy mala fama á causa de su pésimo carácter: tal acontece con los omahas entre las tribus del Missuri y con los botokudos entre las del Brasil oriental.

Dados los resultados que han producido las misiones y las reservaciones agrícolas de los Estados Unidos y dado el desenvolvimiento político de los Estados indios, no puede negarse al indio aptitud educativa que tiene, tratándose de la masa general, ciertos límites impuestos por la misma naturaleza. No es la debilidad de la memoria, como algunos han pretendido, la que borra pronto en su conciencia todas las habilidades y todos los conocimientos conquistados á la civilización convirtiéndolos en simples sombras impalpables cuando no están bajo la impresión directa de unas y otros; ni tampoco es esto hijo de la imposibilidad de adquirir en su pobre patria los instrumentos, de proporcionarse los placeres de la cultura, sino que á tal resultado contribuyen dos poderosos factores que informan toda su existencia, á saber: el atractivo que para estos indígenas tiene la vida independiente, es decir, lo que se llama instinto de nomadismo, y la fuerza de la costumbre. Los indios son tenazmente aferrados á sus creencias, así es que muchos que han recibido el agua del bautismo se entregan aun hoy en día á innumerables prácticas paganas, como los coroados cristianos del Brasil meridional que dirigen todavía sus preces á sus constelaciones (*tupá*). El «culto del diablo» costó la vida á millares de infelices que en los primeros tiempos de la dominación española no quisieron renunciar á él. En los territorios que fueron abandonados por las misiones «los indios permanecieron — según dice Reiss hablando de Ucayali — en un principio cristianos y sacaron á los santos de las iglesias, pero pasados algunos años se desprendieron de estas imágenes de madera por inútiles para su salvación en la otra vida.» Sin embargo, cuando el indio se ha convertido al cristianismo y cuando se ha logrado encadenarle fuertemente á esta religión, vuélvese ardiente fanático. Así es que en el Estado jesuítico del Paraguay y en el Ecuador, por ejemplo, los indios conducidos por sus padres espirituales sellaron con su sangre su lealtad á las nuevas creencias así en los ejércitos de la guerra de la independencia como en las siguientes discordias civiles.

Los aficionados á estudiar las manifestaciones intelectuales de la vida de los indios suelen á menudo dar sobrada importancia á la elocuencia, siendo algo sospechoso el hecho de aparecer ésta con más frecuencia en los indios norteamericanos que en los de la América del Sud, lo cual indica ó exageración por parte de los escritores ó influencia de los europeos. A esto último parece inclinado Dodge cuando dice que «el modo de hablar especial y antinatural de los indios» es una imitación de la elocuencia ampulosa de los cuáqueros y de los misioneros que teniendo que luchar con el escaso conocimiento de los idiomas indios han de apelar siempre á las mismas palabras y locuciones. Lo de la exageración, en cambio, parece demostrado no sólo por algunos votos negativos sino también por la descripción que hace Cook de los norteamericanos: «Cuando disputan entre sí ó cuando hablan en actos públicos sus discursos

consisten en párrafos cortos ó por mejor decir en palabra sueltas repetidas varias veces con gran energía y acompañadas de un gesto que hacen inclinando el cuerpo hacia adelante, doblando las rodillas y dejando caer al mismo tiempo los brazos.» También Martius, hablando de los miranhas y de otros brasileños dice que su oratoria en las asambleas populares, lejos de ser la ampulosa que los periodistas de la América del Norte aficionados á las sensaciones suponen en el «gran nube,» ó en el «cola trenzada» y en otros tipos favoritos suyos, es tranquila y moderada.

El número de mímicas y de pantomimas como explicación simbólica de relaciones es extraordinario, siendo casi generales los movimientos que Coppinger hablando de los chonos describe en los siguientes términos: «Para expresar una gran alegría aprietan los dientes, dejan oír un glu-glu especial y mueven el cuerpo de arriba abajo; para manifestar enfado sueltan también un glu-glu y muestran entre sus labios una saliva espumosa; para demostrar tristeza ó disgusto dan extraordinaria rigidez á su labio superior, enseñan un poco los incisivos superiores y estiran hacia fuera su mandíbula inferior.» Ponerse la mano sobre la cabeza significa, entre los que no conocen el juramento, dar fuerza á la afirmación que se hace. Martius vió que los sudamericanos expresaban el juramento tocando sus armas ó sus collares, encontrando en cambio á faltar los apretones de manos y las promesas en esta forma hechas. El beso es cosa desconocida estando sustituido entre los sudamericanos por los frotamientos de nariz ó de cara. Las tribus californianas expresan su tristeza con un suspiro fuerte y prolongado. En el número de graves ceremonias á que con perfecta conciencia se entregan á menudo los americanos figuran la salutación en largos discursos y la costumbre sudamericana que Martius considera como expresión del derecho doméstico y según la cual el dueño de la cabaña recibe á su huésped tendido en su hamaca.

No poseemos noticias claras acerca de la cronología de estos pueblos, pero sabemos, por lo menos, que el año solar es cosa conocida en la esfera de actividad de las culturas mejicana y peruana y que hasta los zuñis de Nuevo Méjico saben que su año empieza cinco días después que la sombra cae en un determinado ángulo sobre la Mesa. Indicios de algo análogo á esto se encuentran en otras partes, por más que muchos pueblos norteamericanos no cuenten por años sino por inviernos y admitan una división entre meses fríos y meses calientes. Sproat dice que los nutkas cuentan 13 meses empezando á contar aproximadamente por nuestro noviembre; en cambio Sutil habla de 14 meses cada uno de 20 días y algunos días intercalares y dice que el año comienza á contarse por el mes de julio. Los nombres de los meses están tomados de la pesca, del desove de los peces, de la maduración de las bayas, etc. Los mandanes tienen los doce nombres de meses siguientes empezando por nuestro enero: mes de los días fríos, del tiempo en que los lobos están en celo, de los ojos enfermos, de la caza montaraz, de la siembra del maíz ó de las flores, de la maduración de las bayas, de la maduración de las cerezas, de la maduración de las ciruelas, de la maduración del maíz, de la caída de las hojas, de los ríos helados, del pequeño hielo. A menudo se aplican á un mismo mes muchas denominaciones que, por ende, varían muy fácilmente de tribu á tribu. En la América meridional templada, en la costa occidental donde las estaciones del año no aparecen muy marcadas en el clima insular, pudieron hacerse notar de una manera muy señalada como línea divisoria entre el invierno y el verano los flujos de los equinoccios; en las comarcas tropicales hubo de atenderse más á las estrellas

para establecer la separación entre las estaciones, así por ejemplo en la Guayana son saludadas con grandes muestras de regocijo las Pléyades, que allí se denominan *Eiu*, como precursoras del tiempo de sequía, existiendo la leyenda de que con su aparición pierden las serpientes su veneno. Los indios de Laguna, en Nuevo Méjico, conservaban la tradición de un «año de luz» que, sin embargo, se refiere quizás simplemente á la erupción de los vecinos volcanes.

Los indios saben contar hasta mucho más de diez y sus nombres numerales están basados en el sistema decimal. J. B. White cita en el idioma de los tontos palabras para los números desde 1 á 10.000. El palmo es la medida fundamental y las distintas unidades mayores y menores de estos pueblos están tomadas de la longitud del brazo, de los dedos, etc., siendo la medida más pequeña generalmente en uso el grueso del pulgar puesto de plano y la mayor la distancia que media entre el extremo del pulgar y el extremo superior del bíceps. Los americanos del Noroeste suelen tatuarse en el brazo una medida á modo de vara.

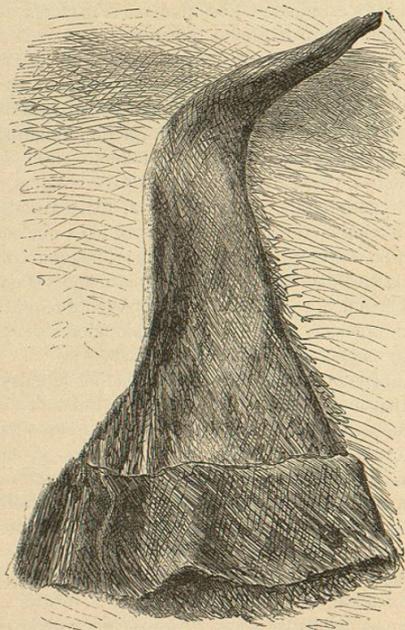
El número de idiomas americanos causa general y extraordinaria sorpresa: Vater ha contado 500 y Balbi 413 (de ellos 211 de la América del Norte, 44 de la Central y 158 de la América del Sud). En los tiempos modernos este número es mucho más reducido, pero á pesar de ello no deja de haber unos 100 idiomas y grupos de idiomas que los autores se han creído obligados á separar debidamente y entre los cuales no existen más concordancias, ó analogías que las que fácilmente pueden explicarse por un contacto fortuito. El curso que hasta ahora han seguido las investigaciones hace suponer que en lo sucesivo se irán descubriendo más bien nuevas semejanzas que mayores diferencias. De todos modos, la abundancia de idiomas en América es sorprendente tanto que el número de los mismos es casi igual al de los asiáticos y europeos reunidos. La difusión de estas lenguas presenta caracteres muy especiales, pues así como en el Este y en el interior de la América del Norte y de la del Sud predominan los grandes territorios de difusión, en el Oeste preponderan los pequeños. En otro tiempo numerosas ramas lingüísticas se extendían por el borde de la actual Tejas, por el territorio oregonio-columbiano y aun por Colombia. En la América del Sud sólo consiguieron propagarse en grandes proporciones el quichúa, especialmente en el territorio del imperio peruano, y el moxo, el guaraní y el caribe; quizás también en la parte meridional de la América del Sud existió antiguamente un grupo de idiomas extraordinariamente extendido. La América central oculta, al parecer, un gran número de idiomas. Si preguntamos por los fundamentos de esta multiplicidad de idiomas, nos contesta Whitney en los siguientes términos: «La diferenciación dialéctica alcanza entre ellos un grado excesivo: las influencias diferenciadoras y aisladoras han podido correr libremente y sólo en muy escasas proporciones han sido refrenadas por la reacción de las fuerzas conservadoras y asimiladoras. Parece que el continente ha sido siempre habitado por una porción de pequeños pueblos separados por incesantes luchas ó por un exclusivismo envidioso y suspicaz.» El propio autor añade que en Méjico, en la América central y en el Perú los conquistadores se encontraron con grandes imperios civilizados y que en la misma América del Norte las colinas artificiales, las minas de cobre, etc., indican la existencia de una antigua y perdida cultura, pero dice que todas estas no eran más que excepciones de una regla general y que del mismo modo que fué destruida la antigua civilización del valle del Missisipi, estaba amenazada de muerte la de los pueblos cultos más meridionales cuando

los europeos descubrieron y conquistaron el Nuevo Mundo. Whitney admite, pues, que uno de los caracteres de los idiomas americanos es la variabilidad y tiene por perfectamente probado que los grupos de tribu cuya separación es de época reciente hablan lenguas en las cuales lo común á todas ellas está supeditado casi completamente á los elementos separadores. Se afirma también que los libros escritos por los misioneros para sus alumnos indígenas eran inútiles por ininteligibles á las tres ó cuatro generaciones. La duplicidad de idiomas que tienen algunas tribus caribes en las cuales las mujeres hablan por ejemplo el arawak y los hombres el caribe, ha de ser también causa de grandes modificaciones en el idioma común. Asimismo aparecen idiomas mestizos por más que hasta ahora muy pocos de éstos hayan sido estudiados. Los numerales mayores de cinco del idioma jbaro han sido tomados del quichúa del cual aparecen algunas otras huellas en aquél; esto sin embargo, no es probable que en otro tiempo estuvieran los jbaros sometidos á los inkas. No se ha encontrado todavía la explicación de algunas otras conexiones de índole más limitada, como las que aparecen en el takilmo, en el Noroeste de América, cuyas denominaciones para designar las partes del cuerpo humano recuerdan al dialecto kalapúa, y como el empleo de la palabra *tschi* por agua que encontramos en la mayor parte de los idiomas oregonio-columbianos y la igualdad de raíces para agua, mano y pájaro que vemos en muchos idiomas del Arizona tan diferentes entre sí bajo otros conceptos. Muchos exploradores sostienen la idea de una concordancia fundamental.

Whitney considera posible que todos los idiomas americanos hayan salido de un solo idioma fundamental separándose luego unos de otros; lo mismo da á entender Waitz cuando dice: «Los idiomas de los indígenas de América, á pesar de sus diferencias y de su número extraordinario, tienen, en opinión de los exploradores, una porción de caracteres especiales y propios que, por lo que toca á su estructura, se manifiestan tan marcadamente pertenecientes á un gran todo como esencialmente distintos de los idiomas de otras partes del mundo.» Si se buscan explicaciones más detalladas acerca de estos caracteres se encuentra que en el fondo de todos ellos existe el plan fundamental de la anexión ó del polisintetismo que consiste en que los pronombres, los adverbios y aun los sustantivos se refunden en el verbo y con él se conjugan, de modo que no hay que prescindir casi de ningún final de la trasposición; además existen palabras monstruosas compuestas de una docena de elementos distintos reunidos que la lengua se resiste á pronunciar. En medio de esta diferenciación deficiente que se descubre en esta mezcla del pronombre con el nombre, etc., los idiomas indios se distinguen por la riqueza de expresiones para relaciones determinadas, al paso que las formas gramaticales, el número y el género, están en todas partes muy descuidadas. El complicado sistema de parentesco en línea materna y la variada división que en cada tribu existe dan origen á formas lingüísticas correspondientes. En la mayor parte de los dialectos hay palabras diferentes para designar al hijo y á la hija según sea el padre ó la madre quien les hable.

En punto á denominaciones de colores los americanos nada tienen que envidiar á los europeos, excepto en las de los colores artificiales de que carecen, poseyendo, en cambio, otras para colores mezclados como por ejemplo color de plumaje de pájaro, de tierra y roca que nosotros no tenemos. Gatschet encontró en el maklak cinco denominaciones para el gris, cuatro para el azul, etc. Por otra parte el conocimiento profundo de la naturaleza impuesto por la

necesidad favorece la riqueza de palabras. Powers añade: «El musgo más insignificante, el líquen más mezquino, cada arbusto ó árbol con flores, cada enredadera, cada planta parásita, cada seta, cada hierba acuática, cada alga, todas tienen sus nombres específicos. A la riqueza de los vocabularios y al propio tiempo á la variabilidad embrollada contribuye también la costumbre de agregar á las palabras numerales mayores de diez, partículas clasificadoras para indicar la forma de los objetos contados, si son redondos, largos, planos, etc., si se contarán ó si ya están contados. De igual efecto son los prefijos que se ponen á los nombres y á los verbos y que no sólo representan con variedad extraordinaria el reflexivo, el recíproco y el medio del ver-



Un gorro de espata de palmera, Brasil (Museo etnográfico, Munich).

bo sino que, además, sirven para expresar la forma exterior del objeto á que se refiere la acción. Las reduplicaciones que descienden hasta las partículas indican acciones, estados, etc., de cada una de las cosas que la forma sencilla expresa en general. En el maklak cuenta Gatschet cien prefijos que ora solos ora combinados de dos en dos y hasta de cuatro en cuatro se emplean para las formas iterativa, usitativa, durativa y causativa.

América no sólo ha desarrollado en sus territorios civilizados una escritura jeroglífica propia para constituir un instrumento suficiente aunque modesto para la comunicación de pensamientos, sino que, además, sus pueblos naturales han ido mucho más allá que los negros y los polinesios en la formación de un sistema de escritura primitivo. Aun procediendo con la cautela que hacen necesaria las tan frecuentes falsificaciones, aparece en la actualidad fuera de toda duda que un sistema de escritura simbólica está extendido por toda la América del Norte y del Sud, alcanzando en algunos casos un grado tal de desarrollo que con un paso más se llegaba á la escritura jeroglífica. Humboldt admitió en la Guayana la existencia de una «zona de inscripciones» que ocupaba seis grados de longitud en dirección de Este á Oeste, desde la montaña Pacaraima hasta Urnana, pero confiesa que los signos corresponden á épo-

cas y naciones distintas. Desde entonces se han reproducido signos análogos de Yupura, Madeira, Colombia y Venezuela y que podría demostrarse la existencia de otros muchos indícanlo los resultados obtenidos por los norteamericanos que han coleccionado multitud de ellos en las más distintas tribus. La relación existente entre estas escrituras y los jeroglíficos propiamente dichos de los pueblos civilizados aparece muy oscura: algunas reminiscencias, como por ejemplo las que se observan entre los signos grabados en una *pedra pintada* de Venezuela y los grupos jeroglíficos rectangulares de los majas, no han sido hasta ahora suficientes para sentar una base histórica. El profesor Ernst cree reconocer en Caracas en los signos de propiedad que por medio del fuego se marcan en las reses en Venezuela, cierta analogía con la escritura simbólica india. La escritura de nudos que tan notable desenvolvimiento alcanzó en el antiguo Perú se ha conservado en el Norte y en el Sud para las embajadas difíciles, como por ejemplo aquellas en que se hacen invitaciones á un largo plazo.

La mímica cuya necesidad quizás en ningún país se deja sentir tanto como en este que con razón puede llamarse país de las grandes diferencias de idiomas, y con la que se satisface así el carácter del indio aficionado á las formalidades del trato como la necesidad de entenderse silenciosamente en las expediciones guerreras y cinegéticas, la mímica, decimos, ha alcanzado allí una perfección extraordinaria, por más que sea distinta en cada tribu. Mallery ha reunido siete diferentes signos que indican la idea «caudillo», de los cuales los dos más sencillos, conocidos desde hace mucho tiempo, son los siguientes: según Long se estira el índice de la mano derecha con el cual se señala verticalmente al suelo y luego se levanta rápidamente y formando una línea determinada hasta el nivel de la cabeza; esto quiere decir encumbrado sobre los demás. El otro, según el príncipe Maximiliano de Wied, consiste en estirar el índice de la mano derecha teniendo ésta muy levantada, en torcerlo formando un círculo y luego bajarlo señalando al suelo; esto significa aquel que está en el centro de sus subordinados. Son también característicos otros dos signos con los que se expresa la muerte: es el uno tener la mano derecha puesta á la altura del estómago, volverla luego dando un salto de modo que la palma de la mano mire hacia arriba y con los dedos como si señalaran algo; la explicación de esto es: ha volcado como una lancha. El otro consiste en poner la mano izquierda plana sobre la cara con el dorso hacia afuera y meter la derecha en la misma postura debajo de aquella; la idea que sirve de fundamento á esta pantomima es el sepelio. En este lugar podemos hablar también del sistema especial de señales que tienen los jíbaros de Pastassa: éstos, como algunos pueblos africanos, se transmiten las noticias por medio de sus *tundulis* ó grandes tambores que se oyen de casa á casa y de montaña á montaña; para esto sus chozas están emplazadas á conveniente distancia. Gracias á este sistema toda clase de nuevas llega en poco rato á oídos de todas las familias y hordas diseminadas por un extenso territorio. El sistema de correos está muy perfeccionado de modo que las noticias se comunican con increíble rapidez por medio de corredores que se relevan en cada aldea.

En posteriores capítulos hablaremos de las artes plásticas; por ahora nos limitaremos á decir que así en las tribus cultas como en las salvajes va abriéndose camino cierto estilo en las formas tan fantástico que otro igual no encontramos en ninguna otra porción de la humanidad. No es un fenómeno extraño que, según una recopilación de R. Hartmann, los indios, por regla general, así los civiliza-

dos de Méjico y del Perú como los salvajes de la América del Norte y del Sud; no se distinguen por una gran habilidad y fidelidad en la confección de cabezas de animales, en lo cual contrastan notablemente con los hiperbóreos tan afines á ellos en otras cosas.

La música y la danza tienen una relación íntima con la vida religiosa y política de los indios y de ello es buena prueba el hecho de que la organización de los bailes corresponde á menudo al caudillo y el de que el músico de la tribu suele con frecuencia ocupar en ella una posición elevada; así por ejemplo, entre las tribus caribes el tercer dignatario es el músico ó *kamotura* que en las fiestas toca el *kamo*, flauta de caña de sonido bastante desagradable. La mayor parte de los cantos tienen un carácter monótono y lánguido interrumpido á lo sumo por exclamaciones en alta voz y por vítores. Entre los zuñis los principales bailarines en las ceremonias religiosas son también generalmente hombres influyentes. El baile favorito de los oyampis es el *guavacán* que se baila formando hombres y mujeres una gran rueda alrededor de los *kamoturas* que permanecen sentados en el centro: los bailarines dan dos fuertes patadas en el suelo, avanzan dos pasos, se sueltan y luego se cogen en parejas y dan rápidas vueltas al compás del *kamo*. En las danzas que preceden al martirio llamado *Maraké* y que ejecutan, al parecer con gran ardor, los hombres y las mujeres acompañándose de canciones relativas á historias amorosas ó á hechos de guerra, los jóvenes forman un círculo alrededor de un agujero cubierto con un gran pedazo de corteza y dan sobre él con la pierna derecha golpes á compás haciendo sonar á cada uno de éstos una trompeta de bambú. Hay varios instrumentos especiales para convocar á las asambleas; los coroados emplean á este objeto un cuerno de vaca, los botokudos una trompeta hecha con la piel de la cola de la armadilla, los cranes trompetas de calabaza, los mundrucús canutillos de caña y los miranhas y otras tribus del Nordeste del Amazonas tambores de madera cuyos distintos toques «propagan las noticias á modo de sonidos telegráficos» (Martius) y de los cuales hace ya mención Oviedo hablando de los caribes. Por lo demás, los instrumentos músicos de los primitivos indios fueron sumamente sencillos y en cuanto á sus aptitudes musicales á lo sumo pueden ser puestas al nivel de las de los chinos. Entre los americanos del Noroeste no encontramos otra cosa que bloques de madera vaciados que se utilizan como tambores, conchas que se emplean como castañetas, pitos con un solo agujero y caracas en forma de pájaros ó focas. La orquesta de los guajiros se compone únicamente de tambores, pitos de caña y *marakas* ó especie de fagotes provistos de embocaduras hechas de una calabaza especial. Entre los neomejicanos no encontró O. Löw más que flautas y pitos; los araucanos se confeccionaron de muy antiguo flautas con las tibias de sus enemigos muertos. El príncipe de Wied dice que los botokudos usan á guisa de bocinas y de cuernos de señales unos instrumentos hechos con la piel de la cola del armadillo; Eschwegevió instrumentos análogos fabricados con cuernos de buey entre los coroados de Minas Geraes. Un instrumento músico indudablemente importado allí, no sabemos de dónde, es un clavicordio de madera parecido á la marimba que se cuelga por medio de cuerdas de una viga del techo y está compuesto de veinte pedazos de bambú suspendidos debajo de otras tantas tablitas de madera de la palmera *chontaduro* (*Astrocaryum*). Eduardo André dice que los indios cuaiques y los mestizos de esta comarca sienten verdadera locura por este instrumento que tocan con gran habilidad. El propio autor, hablando del territorio de Pas-

to, describe una orquesta india compuesta de seis músicos que tocan el *triple*, es decir una pequeña guitarra del tamaño de medio melón largo, y el *marako* que consiste en dos calabazas fijadas en unos palos y llenas de pepitas negras; en esta orquesta hacían las veces de violín segundo y de violoncello dos guitarras de la misma forma aunque una de ellas cuatro veces mayor que la otra; el tambor que corresponde á nuestro bombo estaba colocado horizontalmente en el suelo y se tocaba con un palo; finalmente el *cuno* se asemeja á un colosal puchero sobre el cual se tiende un papel tirante: este instrumento se toca con los dedos, con los puños, con los codos y con las rodillas.

A los acordes de estos instrumentos se baila el *bambuco* que no es otra cosa que una persecución continua de la bailarina por su pareja: aquélla huye, gira sobre sí misma,



Una botokuda con discos en el labio y en las orejas (de una fotografía del álbum de Damann)

baja modestamente los ojos, deja colgar los brazos con rigidez, levanta apenas los pies del suelo y escapa constantemente á las arremetidas de su bailarín hasta que rendida de fatiga se entrega siendo luego llevada en triunfo. Esta danza, si no es una imitación del fandango allí importado, demuestra que el argumento predilecto de los bailes en toda la faz de la tierra es la antigua historia de perseguir y coger. Por lo demás, los mismos indios de Guayana á quienes no ha alcanzado la influencia española ni la portuguesa se entregan preferentemente á los bailes cuyo asunto son las historias amorosas. Para bailar suelen ponerse los indios máscaras, tocados especiales y adornos en el cuerpo. Hablando de los thlinkites dice Krause: «Los bailarines se ponen adornos lujosos y barrocos, cubren sus rostros con grotescas máscaras, se adornan las cabelleras con plumas y se las empolvan y llevan en sus manos castañetas de madera ó palos ó colas de águila de cabeza blanca de reluciente blancura.» En la América del Norte el accesorio más generalmente usado es la máscara que en otro tiempo penetró en los territorios del interior llegando hasta los tinnes; en cambio, hoy en día en vano se busca una máscara en todo el valle del Mackenzie al paso que todavía abundan en Alaska y en la Colombia Británica. En la América del Sud encontramos muchos rasgos extraños; así por ejemplo los rukujennes llevan para las danzas *Marakés* un vestido hecho con tiras de piel y de algodón y se tapan el pecho y el vientre: algunos ostentan en la espalda un adorno sumamente raro consistente en un pez de madera lleno de agujeros de los cuales penden á guisa de colas de pájaros manojos de plumas.

Estos pueblos son jugadores apasionados: los haidahes juegan con especial afición á «pares ó nones» con unos pequeños palillos; el que gana á su adversario todo el ma-